

EN PRIMERA PERSONA
TESTIMONIOS DESDE LA UTOPIA



Dirección de la colección: Emmánuel Lizcano Fernández

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA (COMP.)

**EN PRIMERA PERSONA
TESTIMONIOS DESDE LA UTOPIÍA**



Diseño de la colección: José Toribio Barba

© 2013, *Marisa González de Oleaga (comp.)*

© 2013, *Nuevos emprendimientos editoriales, S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-940800-8-1

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta:

Depósito Legal: B. 13177-2013

Printed in Spain - Impreso en España

Need Ediciones

www.needediciones.com

Índice

INTRODUCCIÓN

- La contadora de historias y el secreto
Marisa González de Oleaga 11

ANARQUISTAS, RADIOS Y LITERATURA

- Olor a lavanda
Marisa González de Oleaga y Federico Randazzo 29

- Una utopía comunicativa
Ximena Tordini y Ernesto Lamas 49

- Los senderos de la utopía también se bifurcan
Fernando Aínsa 71

BARCOS, LIBROS Y FILOSOFÍA

- Marcus Garvey o la utopía que se propagó en barcos de papel
Yazmín Ross 103

- Una obra colectiva: el C.C yD.I.L.Peretz de Villa Lynch
Nerina Visacovsky 115

- Tajos en las líneas de las manos, espigas de libertad
Claudio Martyniuk 131

COOPERATIVAS, PRISIONEROS Y ESPACIOS

- Una experiencia de cooperativismo integral. Montevideo, 1958-1975
Raquel Fosalba Cagnani 157

- Historia de W. Encierro, memorias y deseos en la Patagonia
Ernesto Bohoslavsky 185

- Egotopía invertebrada: testimonios desde una geografía personal
Gisela Heffes 199

DESAPARECIDOS, DOCUMENTALES Y COMUNITARISTAS

- De los nombres que nombran y del silencio que también nombra
Mado Reznik 211

Utopistas. Apuntes de la realización de un ciclo de TV sobre utopías <i>Federico Randazzo</i>	235
Recuerdos que enhebran: un deambular por lo que fue y por lo que pudo ser <i>René y Raúl Weis</i>	247
NATIVOS, NIÑOS Y MUSEOS	
Los intersticios de la memoria. El diario de Manuel Jarrin y las experiencias de lectura <i>María Silvia Di Liscia</i>	263
Los momentos soñados en la vida de Elena <i>Mado Reznik</i>	287
Tocar timbres o la utopía en el museo <i>Marisa González de Oleaga</i>	301
BIBLIOGRAFÍA	321

INTRODUCCIÓN

*¿Qué pretendo encontrar
internándome en el viento?*

TANEDA SANTÓKA

LA CONTADORA DE HISTORIAS Y EL SECRETO

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

Que le dé palabras a la ferocidad de la historia

D. KORINFELD, *Volver a contar. Memoria y transmisión*

A menudo los hijos no sólo se nos parecen sino que advierten en nosotros, sus padres, deseos que ignoramos. Cuando Ignacio tenía tres años, alguien en la escuela le preguntó por la ocupación de su madre y él, resuelto y ufano, contestó: «Mi mamá es contadora de historias». Pocos meses después me regalaría otro de sus descubrimientos. Yo acababa de ser propuesta para la secretaría académica de la facultad en la que trabajaba y él escuchó mis comentarios sobre el puesto. Con gesto cómplice y no sin cierta picardía dijo: «Claro, eres la secretaria porque guardas los secretos». Nunca, hasta entonces, se me había ocurrido pensar que las tareas más o menos tediosas asociadas al cargo podían estar relacionadas con algo tan fascinante como el secreto.

Desde niña he disfrutado mucho escuchando y contando historias. El haber nacido en un barrio periférico y de aluvión, del que fuera cinturón industrial de Buenos Aires, parece que jugó a favor de esta inclinación. Los vecinos, venidos de todas partes, arrimaban sus sillas a la vereda en las tórridas noches del verano porteño y allí, en una lengua franca, un *pidgin* de acentos y palabras de varios idiomas, las historias volaban, como bichitos de luz rasgando la oscuridad. El barrio, y la familia: venida de una aldea remota del norte de España, contar historias de ese otro lugar, de otro espacio y de otro tiempo, era el pasatiempo favorito. Relatos de mundos lejanos que se iban desarrollando, transformando, desplegando en cada vuelta, en cada pase, que iban reteniendo las marcas de todos los que participaban en su circulación. La transmisión oral me ha parecido siempre más democrática

que la escrita, ligada a una visión más humana del mundo. Por un lado, porque la oralidad permite el concurso y la participación activas de cada uno de los relatores (Ong, 1987; Lyotard, 1987). Por otro, porque en ese relanzamiento que supone todo acto de contar, el orador acomoda el relato a las necesidades del momento sin querer perpetuarse, pasando el testigo, sin ningún afán universal ni trascendente. En la oralidad la verdad es otra, humilde, pequeña, contextual y se juega en el acontecimiento mismo, en el instante de la enunciación. Es la verdad que revela al que cuenta y a quien escucha algo que no está en el contenido del relato sino en su resonancia.

El barrio, la familia venida de lejos y los que se quedaron en el lugar de origen. Muchos años después, el regreso a la casa familiar donde me esperaban dos tíos octogenarios reanudó mi compromiso con el relato, con la conversación en voz baja a la orilla del fuego, después de la cena y antes del sueño. Historias de otros tiempos, casi míticos, donde los hombres se medían con la naturaleza; leyendas sobre duendes, fuentes y hadas; relatos de animales que esperaban a los caminantes en las encrucijadas. Pero no fue hasta la intervención de Ignacio, en este parto inverso de un hijo que nombra a su madre, cuando descubrí una posible conexión entre contar historias y el secreto. Como si ese tejer y destejer de las palabras y los silencios evocara un misterio, algo que no se puede entender del todo, que se asoma sin dejarse ver, que empuja a escuchar y a contar y que está en la fuerza y el poder de los relatos. Un horizonte que, cuando creemos alcanzarlo, nos muestra otra vez su distancia esquiva. El secreto de los relatos no está en los textos (orales o escritos) sino en el encuentro entre el relato(r) y el lector o entre el relato(r) y el que está a la escucha. Tampoco está en su contenido; no es una presencia efectiva, no son enunciados asertivos. Al secreto de los relatos le pasa lo mismo que a la mariposa del proverbio chino: su aleteo se puede sentir en la otra parte del mundo. Contar historias es lo que hacemos en este libro. Quince relatos que han procurado incorporar algunos de los rasgos de esa transmisión oral casi perdida en nuestra cultura. Contamos historias, una y otra vez, para volver a contarlas con la insistencia y tozudez del que espera que algún secreto se cruce en su camino...